

III

PROPAGANDA, LUCHA Y MUERTE

«Progreso y miseria». — Relato de Henry George. — La visión de New York. — Contenido de aquella obra admirable. — Las primeras ediciones. — La agitación irlandesa. — George visita Irlanda — Conferencias en Inglaterra. — Regreso á New York. — «Problemas sociales». — «El dinero en las elecciones». — Segunda campaña en Inglaterra. — Vuelta á América. — «Protección ó librecambio». — George en Escocia. — Las casas para obreros y el impuesto sobre los solares. — Elecciones en New-York. — La Tammany Hall. — George, Cleveland y Briand — Última campaña en Inglaterra. — Propaganda en Australia, Nueva Zelanda y otros países. — «La ciencia de la Economía Política». — León XIII y George. — «La Condición del Trabajo». — Una excomunión levantada. — George y Herbert Spencer. — «Un filósofo perplejo». — Nuevas elecciones. — La demagogía y la justicia. — Muerte de Henry George. — Profecía y epitaño.

Henry George, en el libro II, capítulo 8.º de su obra póstuma, *La Ciencia de la Economía Política*, relata las vicisitudes por que atravesó la redacción y publicación de aquel gran libro *Progreso y Miseria*, en que se desvanecen los errores capitales de la Economía clásica, narrándolas con las siguientes palabras:

«En Enero de 1880, precedida en 1879 por una edición del autor, apareció en San Francisco mi *Progreso y Miseria*, y fué seguida en el mismo año por una edición inglesa y otra alemana, y en 1882, por ediciones baratas publicadas á la vez en Inglaterra y en los Estados Unidos. La historia del libro resumida, es ésta: A principios de 1858 fui por mar á California, y andando el tiempo me hice periodista. En 1869 fui al Este para un asunto periodístico, regresando á California á principios de 1870. John Russell Young era entonces director de la *New York Tribune*, y escribí para él un artículo sobre «Los chinos en la costa del Pacifico», asunto que comenzaba á llamar la atención, y defendí el punto de vista popular entre las clases trabajadoras de la costa, las limitaciones para la inmigración de aquella gente. Deseando conocer lo que dice la Economía política acerca de las leyes de los salarios, estudié en la biblioteca de Filadelfia la Economía política de Juan Stuart Mill, y acepté sin discutir las sus opiniones fundando en ellas mi actitud. Este trabajo llamó la atención, especialmente en California, y un ejemplar que envié á Juan Stuart Mill, me valió una carta laudatoria de éste.

Mientras estuve en el Este me espantó el contraste del lujo con la miseria que ví en New York, y regresé al Oeste pensando que debía haber para ello una causa, y que si era posible yo la encontraría. Dándole vueltas á este pensamiento en mi espíritu, en medio de mis casi continuas ocupaciones, encontré al fin que la causa era considerar

tierra propiedad privada, y en un folleto que escribí en un intervalo, *Nuestra tierra y política de la tierra* (San Francisco, 1871), la expuse. Se vendió un millar de ejemplares aproximadamente; pero comprendí que para llamar la atención había que operar sobre una zona más amplia, y desistiendo de todo esfuerzo para realizarlo en el Este hasta que supiera más, fundé con otros (Diciembre 1871) un pequeño periódico diario en San Francisco, al que consagré mi atención, por más que nunca olvidé mi principal idea, hasta Diciembre de 1875, en que, enredado en una deuda á un hombre rico (el senador americano John P. Jones), cuyo préstamo habíamos tomado porque él nos lo ofreció, me quedé sin un penique. Pedí al gobernador (Irwin), á quien yo había defendido, una plaza que me consintiera consagrarme á mi obra, completamente meditada. Me dió lo que era más que una sinecúra, ahora abolida: el puesto de inspector oficial de los contadores de gas. Esto me daba bastante, aun con cierta irregularidad, para vivir, y á la vez me proporcionó amplio vagar. Me propuse consagrarlo á mi propósito, largo tiempo acariciado, y después de algún tiempo que empleé en escribir y hablar, con intervalos de lectura y de estudio, publiqué *Progreso y Miseria*, en una edición del autor, en Agosto de 1879.

En este libro traté los mismos problemas que me habían dejado perplejo. Exponiendo el problema universal en un capítulo de introducción, encontré que la explicación dada por la Economía

política corriente, es que los salarios se extraen del capital, y tienden constantemente á la menor suma con que el trabajo consiente vivir y reproducirse, porque el aumento en el número de los trabajadores propende, naturalmente, á seguir y exceder todo aumento de capital. Examinando esta doctrina, en el libro I, constituido por cinco capítulos, y titulado *Salarios y capital*, demostré que se fundaba en un error, y que los salarios no se sacan del capital existente, sino que son producidos por el trabajo. En el libro II, *Población y subsistencia*, consagré cuatro capítulos á examinar y reprobando la teoría malthusiana. En el libro III, *Las leyes de la distribución*, demostré (en ocho capítulos) que las que se da como leyes de ésta no concuerdan entre sí, y procedí á demostrar las que verdaderamente son leyes de la renta, del interés y del salario. En el libro IV (cuatro capítulos) demostré que el efecto de los progresos materiales era aumentar la proporción del producto que va á la renta. En el libro V (dos capítulos) demostré que ésta es la causa primaria de las crisis industriales y de la persistencia de la miseria entre la riqueza creciente. En el libro VI, *El remedio* (dos capítulos), probé la ineficacia de todos los remedios para el desvalimiento del trabajo, excepto una medida que dé á la sociedad el beneficio del aumento de la renta. En el libro VII (cinco capítulos) examiné la justicia de este remedio; en el libro VIII (cuatro capítulos), la exacta relación y aplicación práctica de aquél, y en el libro IX (cuatro capítulos) analicé sus efectos sobre

la producción, sobre la distribución, sobre los individuos y clases, y sobre la organización social en la vida, mientras que en el libro X (cinco capítulos) expuse brevemente la gran ley del progreso humano, y demostré la relación de lo propuesto con esta ley. La Conclusión (un capítulo), *El problema de la vida individual*, está consagrada al problema que se plantea en el corazón del individuo.

Este libro era el más amplio y minucioso estudio de Economía Política que se había hecho hasta entonces, abarcando, en menos de 600 páginas, toda la materia que consideré necesario exponer y reconstituyendo enteramente la Economía Política. No pude encontrar quien editara el libro, hasta que lo hizo mi antiguo consocio en San Francisco William M. Hinton, quien era impresor y tenía en mí suficiente fe para hacer los moldes. Vendí esta edición en San Francisco á buen precio, lo cual casi pagó los moldes, y envié á los editores de New-York y de Londres ejemplares, proponiéndoles enviarles los cartones. Hechos ya los mayores gastos, Appleton y Compañía, de New-York, aceptó su impresión, y aunque por entonces no pude encontrar editor inglés, antes del año de haberse editado por primera vez, Kegan Paul Trench y Compañía acometieron su impresión en Londres. Además, antes de que se publicara este libro, di en San Francisco una conferencia, que condujo á la formación de la «Unión de San Francisco para la reforma de la tierra», primero de muchos movimientos análogos posteriores.

Progreso y Miseria ha sido, en una palabra, el libro de Economía de mayor éxito que se ha publicado nunca. Sus razonamientos jamás han sido atacados victoriosamente y han iniciado en tres continentes movimientos, cuyo triunfo en la práctica es sólo cuestión de tiempo. Sin embargo, aunque la Economía Política de las escuelas ha sido derrotada, no lo ha sido como en su tiempo anticípé porque ninguno de sus profesores defendiera lo que yo había señalado, sino que una nueva Economía Política completamente absurda la ha sustituido en las escuelas.

No era posible hacer el vacío en torno de este libro. Lo que constituye el problema capital en él examinado, la absorción progresiva del fruto del trabajo por la renta territorial, constituía un problema planteado en la realidad de la vida pública inglesa por el movimiento de los cultivadores irlandeses, sostenido por Parnell y Davitt. La agitación en los campos de Irlanda era tan intensa, que ponía en riesgo las demasías aniquiladoras de los señores territoriales del suelo irlandés. Henry George dedicó á este asunto un folleto titulado *El problema irlandés de la tierra*, en el cual reclamaba para el conjunto de aquel pueblo la renta extraída de su suelo, patrimonio común de quienes lo habitaban. La repercusión en los Estados Unidos de la agitación irlandesa era grande por los muchos emigrados de este país que habían buscado asilo durante el curso de los años en las comarcas norteamericanas. El periódico *Irish Word*, que se publicaba en New-York, le propuso cos-

tearle un viaje de propaganda á Irlanda é Inglaterra. El pensador que, abandonando su destino de San Francisco, luchaba en New-York no sólo por difundir sus ideas, sino por sostener su vida mediante conferencias y artículos, aceptó, persuadido de que las circunstancias de la política inglesa le ofrecerían campo bien preparado en que arrojar las semillas de su doctrina. Cuando llegó á Irlanda la agitación por la tierra había tomado otro giro; Parnell estaba preso, el rumbo del movimiento se había desviado de sus orígenes netamente económicos para adoptar aspecto político, escamoteando el problema de la tierra y sustituyéndolo por el de la autonomía. Michel Davitt había sido arrojado por la borda. La propaganda de Henry George, que también tropezó con restricciones gubernativas, no obtuvo por esto el fruto que seguramente hubiera alcanzado si manteniéndose el movimiento en la zona mental en que se inició y desarrolló, no le hubieran enturbiado las ideas al pueblo y desorientado sus aspiraciones con aquel repentino cambio que los jefes le imprimieron hacia el *Home Rule*.

Pero la obra estaba en marcha y el obrero de la revolución económica en la plenitud de las facultades extraordinarias que había aplicado á tal empresa. *Progreso y Miseria* hacía su camino entre las masas británicas, y la diáfana claridad que sobre los problemas sociales arroja le iba conquistando adeptos. Henry George dió conferencias populares en Manchester y Glasgow; una edición barata de su libro se vendió rápidamente. Vino á

Londres. En 1882, esto es, en aquel mismo año, se había constituido en Londres, por iniciativa de un pensador ilustre, Alfredo Rusell Wallace, una sociedad, para «la nacionalización de la tierra», todavía subsistente, consagrada á sostener las doctrinas de Wallace, que fundamentalmente coinciden con las de Henry George en cuanto á la causa de la miseria y males sociales que de ella se derivan y al influjo de la propiedad privada de la tierra en la civilización contemporánea, aunque difieren en el remedio y procedimientos para su aplicación. Bajo el patrocinio de esta sociedad dió Henry George su primera conferencia en Londres, encendiendo el fuego que aún no se ha extinguido ni jamás se extinguirá, como él dijo muchas veces; afirmación profética que los años corroboran, puesto que la propaganda iniciada con tan modestos auspicios, no sólo se ha apoderado de la conciencia de las masas, sino que ganando las cimas del Gobierno se ha traducido ya en acuerdos del Parlamento bastantes, no sólo para producir la transformación fundamental de las instituciones parlamentarias inglesas realizada recientemente, sino para infundir la plena seguridad de que esa obra transformadora de la sociedad y de la civilización ya no puede fenecer y seguirá hasta el fin, completándose en el curso de muy pocos años.

Regresó Henry George á New York y escribió entonces su libro *Problemas Sociales*, serie de ensayos que se publicaron primitivamente en el *Periódico Ilustrado*, de Frank Leslie, y por los cuales recibió Henry George su primera remunera-

ción crecida como escritor. Esta serie de ensayos se reprodujo más tarde en un tomo del cual se hizo una profusa tirada barata, que juntamente con otra de *Progreso y Miseria*, se difundieron profusamente por los Estados Unidos.

Por entonces tropezó Henry George con un nuevo obstáculo: la hostilidad de la Iglesia Católica. El padre McGlynn fué uno de los más íntimos amigos y partidarios; al fin fué excomulgado por sus opiniones sobre esta materia. Pero no obstante la adversión de la curia romana, algunos sacerdotes católicos yanquis se adhirieron entusiastamente á la doctrina de George.

La lucha del gran reformador contra la injusticia proseguía al mismo tiempo donde quiera que ésta se manifestaba. Publicó un artículo «El dinero en las elecciones», atacando el sistema corruptor que ya falseaba las libres instituciones de América. Una réplica á Mr. Joseph Chamberlain le valió la mayor publicidad que en Inglaterra podría alcanzar. Nuevamente pasó á Inglaterra invitado por la «Unión para la reforma de la tierra» una rama de la «Sociedad para la Nacionalización de la tierra», rama cuyas doctrinas se aproximaban más á las de George que á las de Wallace. Su primera conferencia en Saint-James's Hall, dió principio á una serie de triunfos, siguió por Plymouth, Cardiff, Liverpool, Birmingham, pasó á Escocia y el entusiasmo en Glasgow fué extraordinario. Fundó aquí una liga para la restauración de la tierra, asociación que tuvo pronto imitadoras en casi todas las ciudades algo importantes de Esco-

cia; volvió á Inglaterra y visitó Oxford y Cambridge. En ninguna de ambas Universidades fué acogido calurosamente; el espíritu que en ellas reinaba era muy distinto del que inspiraba al profeta. En esta excursión conoció al insigne Cardenal Manning; unas cuantas palabras cambiadas entre ambos grandes espíritus, los retratan: «Yo — dijo Henry George — amé al pueblo y este amor me condujo á Cristo.» «Y yo — replicó el Cardenal — amé á Cristo y así aprendí á amar al pueblo, por quien Aquél murió.»

Desde Dublín regresó á América. Comenzó á ser considerado peligroso por las clases directoras y á sufrir dificultades en sus propagandas. Atáronle en revistas y periódicos, obligándole á contestar. El duque de Argyll lo combatió en la *Nineteenth Century*, en un trabajo titulado *El profeta de San Francisco*. George le contestó con otro en la misma revista. Ambos escritos formaron un folleto, *El par y el profeta*, que tuvo gran éxito en el Oeste de Escocia.

Henry George se preocupaba ahora de redactar otro libro al cual atribuía singular importancia: *¿Protección ó librecambio?*, dedicado á explicar los daños que la protección causa á la producción de la riqueza, su inicuo influjo sobre la distribución del producto del trabajo, la falsedad de la afirmación con que el proteccionismo es comúnmente defendido, alegando que contribuye á elevar los salarios, y, finalmente, á demostrar una vez más que la propiedad privada de la tierra es la causa que realmente impide que ningún progreso

en el poder productor beneficie á las clases desposeídas. Sin embargo, acudió al nuevo llamamiento que le hizo la «Liga escocesa para la reforma territorial», y otra vez cruzó el Atlántico.

La acogida que le hicieron Glasgow y Syke fué entusiasta; la campaña de propaganda que realizó obtuvo resultados imprevistos. Sus ideas habían trascendido ya de las clases obreras y penetraban en los organismos oficiales. La «Comisión regia de casas para obreros», en 1885, recomendó el establecimiento de un impuesto local sobre los solares vacantes ó parcialmente aprovechados, á fin de que entraran en la circulación tierras edificables sustraídas á ella, haciendo bajar el precio general de los solares; este consejo, oficialmente formulado, contenía en esencia la doctrina fundamental de Henry George. Seguramente, según relatan los coetáneos de su excursión á Inglaterra, si Henry George hubiera fijado su residencia en aquel país, habría obtenido desde luego un puesto en el Parlamento; tal prometían los entusiasmos crecientes de la clase obrera.

Pero quiso continuar su propaganda en América, donde se abría un nuevo campo para él. Las Asociaciones obreras de New-York en 1886 le propusieron candidato para alcalde de dicha ciudad. La propuesta fué firmada por 34 000 electores. Compartían el predominio político en aquella ciudad dos fuerzas, la *Tammamy Hall* y la *County Democracy*. Ambas huestes habían sido irreconciliables enemigas hasta entonces; pero comprendieron el peligro que para ambas representaba la

introducción del nuevo factor político encarnado en Henry George y las fuerzas populares que le proponían. Y para conjurar este peligro se unieron, designando un común candidato: Abraham S. Hewitt. A pesar de hallarse unidas, trataron de comprar á Henry George para que se retirase de la lucha, ofreciéndole, en cambio, proponerle como candidato para el Parlamento por un distrito donde no tuviera oposición y sufragándole los gastos electorales. El emisario, un alto empleado de aquel Municipio, amigo de Henry George, apoyaba su proposición, alegando que Henry George triunfará. «Si es imposible que triunfe—replicó Henry George,—¿para qué procuran que me retire?» «No podréis ser elegido, pero vuestra campaña promoverá un infierno.» «Me habéis quitado toda vacilación—contestó Henry George.—Yo no quiero la responsabilidad ni el trabajo de alcalde de New-York; pero necesito promover un infierno; estoy decidido, y seguiré.» El y algunos amigos suyos realizaron la gran campaña. Sus adversarios, gentes corrompidas á quienes más adelante la opinión americana hizo justicia condenando sus torpes maniobras y explotaciones, se presentaban desenfadadamente como salvadores del orden social amenazado por Henry George. Las pasiones se sobresaltaron, y se temió que correría sangre por las calles de New-York si Henry George era elegido. Pero no podía éste triunfar; carecía de interventores, á pesar de lo que Mr. Hewitt obtuvo 90,553; á Henry George le fueron reconocidos, ya que él no pudo hacerlos comprobar por sus repre-

sentantes, 68.110; en tercer lugar salió otro candidato, más tarde famoso en el mundo, Teodoro Roosevelt, después Presidente de los Estados Unidos: tuvo 60.435 votos.

En este tiempo comenzó á emplearse la frase «Single Tax», como denominación apropiada para la doctrina de que era fundador y campeón Henry George. Para sostenerla se fundó en New York el periódico *Standard*, y se trazó con claridad la frontera política que separaba á esta doctrina del socialismo puro. Más tarde, cuando el presidente Cleveland envió al Congreso su mensaje para la reforma arancelaria, George la defendió, creyendo que se iniciaba una política de libre cambio defendida por los viejos partidos políticos, y que se desenvolvería cada vez con mayor radicalismo, hasta llegar al perfecto libre cambio. Se vieron sus esperanzas defraudadas, porque la cuestión arancelaria fué pospuesta al problema monetario. En este asunto apoyó á Mr. Briand. No era Henry George bimetalista; por el contrario, en el problema de la moneda defendía un tipo único de valor y una circulación fiduciaria compuesta por billetes emitidos por el Gobierno. Pero defendió á Briand como cuatro años antes había defendido la reforma arancelaria, imaginando que eran estas manifestaciones superficiales de un levantamiento del pueblo contra las abrumadoras fuerzas de la plutocracia, levantamiento que en el ardor de la lucha le haría ir más allá, hasta las verdaderas raíces del problema social.

Después de la derrota de Cleveland, aceptó una

nueva invitación para ir á Inglaterra. El éxito de esta nueva propaganda fué tan grande, que poco después repitió la visita; su doctrina, como sutilmente afirmó, había alcanzado el estadio tercero de aquellos por donde toda verdad nueva tiene que pasar. «Primero, una verdad nueva es ridícula; después, es irreligiosa; más tarde todos la sabemos.» La última campaña de conferencias en Inglaterra colmó sus esperanzas; habló en todas partes triunfó, ya en conferencias, ya en controversias, mostrando que en la palabra hablada tenía á su servicio una fuerza tan poderosa como en la pluma.

Tornó á New York; de aquí fué á la Australia, continuando su obra en las principales poblaciones de ésta y en Nueva Zelanda. Ambos países fueron campo donde las semillas depositadas por él germinaron rápidamente, y hoy juntamente con el Canadá, marchan á la cabeza de la reforma. Corría ya el año 1890, y aunque se trataba de un hombre vigoroso, sus fuerzas iban declinando, porque la campaña que desde hacía trece años realizaba incesantemente, era agotadora. Entonces se propuso condensar de un modo sistemático en un libro de carácter docente los principios de la Economía política, sobre los cuales reposaban sus doctrinas de reforma social. Para ello comenzó á redactar la *Ciencia de la Economía Política*, libro casi ultimado cuando sobrevino la muerte de Henry George, y que su hijo publicó después sin completarlo, dejando intacto el manuscrito, tal como había quedado al fallecimiento de su padre.

Varias veces tuvo que interrumpir Henry Geor-

ge su trabajo. La primera interrupción fué motivada por la Encíclica del Papa León XIII, *De Conditione Opificum*, encaminada, aparentemente, á establecer la doctrina de la Iglesia en el problema obrero, pero con el propósito real y positivo de fulminar su condenación contra las doctrinas georgistas y de contener el creciente movimiento de adhesión á estas doctrinas que se iniciaba en el catolicismo americano. La Encíclica papal consagra su mayor parte á robustecer el carácter intangible y sagrado de la propiedad de la tierra, equiparándola con los demás géneros de propiedad, y aunque incluía en la masa de adversarios, indistintamente, á los socialistas, á los anarquistas y los *single tax*, estos últimos eran los que principalmente preocupaban al Pontífice. Ya se habían señalado estas tendencias de la Iglesia católica con la excomunión del Dr. Mc-Glynn. Henry George dirigió á León XIII una respetuosa carta abierta, *La condicion del trabajo*, analizando la Encíclica y demostrando cómo los fundamentos en que ésta se apoyaba eran enteramente contrarios á la ley moral, y sus argumentos exactamente los mismos que los utilizados en otro tiempo por los defensores de la esclavitud. Afirmase que este admirable documento de Henry George causó poderosa impresión en el espíritu de León XIII, persuadiéndole de la iniquidad fundamental que entraña la propiedad privada de la tierra, y que si bien no bastó para decidirle por entonces á publicar otra Encíclica en sentido contrario al de la que tanta resonancia había tenido en el mundo, cambió, en

efecto, la actitud de Roma hacia la doctrina georgista. La excomunión de McGlynn fué levantada; se le restituyeron sus funciones, y éste siguió defendiendo la doctrina de los *single tax*. Prácticamente asentado quedó para siempre que en la doctrina de Henry George no había nada contrario al catolicismo, eliminándose con esto uno de los obstáculos en que tropezaba la difusión de la doctrina, tanto en Irlanda como en los Estados Unidos.

Poco después sufrió una nueva interrupción. La primera figura filosófica de la segunda mitad del siglo XIX, y acaso de esta centuria, Herbert Spencer, había expuesto en su libro *Estática social*, publicado en 1850, doctrinas enteramente iguales á las de Henry George en cuanto á la injusticia de la propiedad privada de la tierra. A juicio de muchos elementos de la sociedad inglesa, aquellas doctrinas eran subversivas. Acaso el ambiente pesó sobre el ánimo del filósofo, quien durante muchos años negó permiso para que fuese reimpressa su *Estática social*, y que después la rehizo, eliminando todas las doctrinas peligrosas á juicio de las clases dominantes. Por último, publicó su libro *Justicia*, alguno de cuyos capítulos implican retractación de las opiniones primitivamente sostenidas por el autor sobre la propiedad de la tierra. Henry George mantuvo primero con él una discusión en las columnas de *The Times*, y los trabajos se publicaron finalmente en un tomo titulado *Un filósofo perplejo*. Henry George probó la absoluta superioridad de su clarividencia y de su poder lógico sobre el más alto representante de la cien-

cia filosófica europea, resultando victorioso en un tan original duelo científico, entablado entre el antiguo marinero y cajista americano y el heredero de los prestigios aristocráticos y de las rancias tradiciones de Inglaterra.

Tocaba al término de la *Ciencia de la Economía política*, cuando otra vez le reclamó la vida pública de su país. Corría el año 1897. Las organizaciones obreras volvieron á proclamarle candidato para alcalde de New York, en contra de la omnipotente Tammany Hall. Hasta hacía seis ó siete años Henry George había sido un hombre vigoroso; pero en 1890 padeció un ataque de parálisis que quebrantó hondamente sus condiciones físicas, arruinando su organismo. Tenía á la sazón cincuenta y ocho años. Sus fuerzas, debilitadas por tan dura vida y por la enfermedad, no le consentían ya entrar en una gran lucha política. Sin embargo, no desoyó el requerimiento de los obreros. Estimulado, sobre todo, por la idea de que una nueva campaña electoral contribuiría á agitar más y más los espíritus en torno de la doctrina que él venía defendiendo. Habló en numerosas reuniones públicas. En un mitin monstruo, convocado hacia el final de la campaña, el presidente del mitin hizo su elogio llamándole «el gran amigo del trabajador». Este elogio hirió á Henry George. Quería éste precisar bien que no era un demagogo, que no hablaba á las pasiones de la multitud, y que no procuraba engañar al pueblo sobre excitándole y éxaltándole para utilizarlo con fines personales. Se adelantó, pues, al auditorio,

y poniendo á contribución todas las fuerzas físicas que le quedaban, declaró ante éste: «Jamás me he proclamado especialmente amigo del trabajador. No pido privilegios para el trabajo. El trabajo no necesita esos privilegios. Yo nunca he defendido ni pedido derechos singulares ni especiales consideraciones para el obrero. Lo que yo reclamo es la igualdad de derechos para todos los hombres.»

Esta sobria y concreta declaración de principios fué su último acto público de importancia. Tres ó cuatro discursos más; sus fuerzas se agotaron, y antes de la elección se extinguió dulcemente. Era el 29 de Octubre de 1897. Su cadáver fué expuesto en el Gran Central Palace, y ante él desfilaron más de 100.000 personas. Fué enterrado en la colina de Greenwood. Así acabó la vida de este gran hombre, cuyo recuerdo, lejos de haberse debilitado en el transcurso del tiempo, se va agigantando y extendiendo por el mundo civilizado á medida que corren los años. Pocos lustros después de haber muerto llega á las gloriosas consagraciones, consistentes, no en las aparatosas solemnidades académicas, sino en el reconocimiento profundo y práctico de que había acertado á señalar el camino de la verdad, y vaticinado el proceso que las ideas sociales habían de seguir, bajo la presión creciente de los problemas que á él le preocupaban. Fué una vida de batalla contra la iniquidad y el error, contra el egoísmo y la corrupción; un combate en que, aparentemente, fué derrotado cuantas veces se entabló sobre el punto concreto del predominio electoral; pero en

que realmente triunfó, siquiera los efectos de su triunfo necesitaran del transcurso del tiempo para que fuesen modificando y moldeando la realidad. Su obra fué de sembrador; y la siembra produce cosecha tan abundante en las más apartadas latitudes, que sus doctrinas, no sólo no se extinguirán, sino que, en término breve, prevalecerán definitivamente. En ellas se ha cumplido la profecía expresada por Henry George en estas palabras del último capítulo de su libro *Progreso y Miseria*, que los discípulos del profeta hicieron grabar sobre la piedra que cubre su sepultura:

«La verdad que he tratado de esclarecer, no será aceptada fácilmente. De otro modo hace mucho tiempo se habría aceptado y nunca hubiera sido obscurecida. Pero encontrará amigos tales, que trabajarán por ella, padecerán por ella y, si necesario fuese, morirán por ella. Tal es el poder de la Verdad.»

* * *

Esta es la biografía del hombre cuyas doctrinas, recogidas de sus diversos libros, expondremos en los capítulos siguientes, procurando sujetarlas á una exposición ordenada y científica, y valernos en cuanto sea posible de las propias palabras de Henry George que era, al mismo tiempo que un pensador profundo, un escritor extraordinariamente emocional.